

El trabajo como factor de producción y magnitud ética en la obra de Adam Smith

Por Javier GOROSQUIETA

El trabajo es la única fuente de la riqueza

El fundador de la Economía Clásica, el escocés Adam Smith (1723-1790), no puede ser más categórico en la estimación del trabajo como factor de producción. Su obra principal, «La Riqueza de las Naciones» (1), comienza con la afirmación de que es el trabajo anual de una nación la *única* fuente que la abastece de toda clase de bienes materiales.

La afirmación de esta exclusividad productiva en favor del trabajo humano puede parecer tanto más sorprendente cuanto que el mismo A. Smith reconoce junto al trabajo humano otros dos factores de producción: los fondos acumulados de capital y la fertilidad natural de la tierra. E incluso se podría encontrar en él otro cuarto factor de producción, a saber, la organización misma comercial, que es una especie de fertilidad creada por el hombre en la vida de la industria.

Pero de estos tres últimos factores, el primero y el último, el capital y la organización industrial-comercial, se reducen totalmente en la obra de Smith al trabajo del hombre. Porque tanto el capital real en cuanto contrapuesto a la tierra, como la organización comercial han sido producidos por el trabajo humano, no son otra cosa sino cantidades de trabajo humano acumuladas y concentradas en forma de bienes de producción duraderos.

Respecto del último factor de producción, la fertilidad natural de la tierra, es preciso tener en cuenta lo siguiente:

(1) Utilizamos en este artículo fundamentalmente la siguiente bibliografía, a la que las citas, en concreto, se refieren: SMITH, A.: *Inquiry into the nature and causes of the wealth of nations*, London, 1776, Y traducción española por J. A. ORTIZ, Valladolid, 1974; RICARDO: *Principios de Economía Política y tributación*, Madrid, 1973; CAREY, H.: *The Past, the Present and the Future*, Filadelfia, 1848.

- 1.º—Que el sistema elaborado por A. Smith es un sistema de economía *industrial*, contrapuesto al sistema de economía *natural* elaborado poco antes que él por la escuela de los fisiócratas. Por esto mismo su interés directo no se centra tanto en las cualidades y virtudes naturales del suelo, cuando en el trabajo industrial humano. Aquellos dieron importancia económica casi exclusivamente al suelo y a la agricultura. Smith, por el contrario, presenta en el primer plano, y se apoya en, las cualidades transformadoras del trabajo humano, incluso tratándose de una rama de la economía tan «natural» como la agricultura.
- 2.º—Que la naturaleza, para A. Smith, en tanto es una magnitud económica en cuanto transformada por el trabajo del hombre. Ni siquiera el oro, mientras se encuentra en la mina, tiene para Smith valor ninguno real de cambio; ni lo tendría—a pesar de ser precioso y escaso—si se encontrara en la superficie de la tierra al alcance de la mano. El oro en este caso podría ser útil, como lo es el aire, el agua del mar, etc.—valor de uso—, pero no podría tener precio—valor de cambio. El oro tiene para Smith valor real de cambio por el trabajo que ha costado extraerlo y ponerlo en circulación.
- 3.º—Que no existe en la obra de A. Smith una justificación clara de la propiedad de los bienes no producidos y por lo tanto de la propiedad privada de las riquezas naturales. Más bien ironiza contra los nudos propietarios que «suelen desear cosechar donde nunca sembraron» (cap. VI), y considera la renta de la tierra como una *deducción* del producto debido al trabajo del arrendatario. «Desde que una tierra principia a conocer dueño o propietario»—dice—la renta de la tierra «es la primera deducción que se hace del producto del trabajo que se emplea en la labor de la tierra» (cap. VIII).

Dentro, pues, de esta mentalidad general, se puede comprender la verdad de la afirmación de que el trabajo humano es la *única* fuente de donde proceden, de manera mediata o inmediata, la totalidad de los bienes económicos. Por lo tanto, el aspecto funcional, productivo, del trabajo humano no puede estar más acentuado en la obra de A. Smith.

Sin embargo, es preciso tener en cuenta una importante limitación. A. Smith clasifica el trabajo humano en productivo e improductivo, y en esta última categoría incluye la totalidad de las profesiones liberales. Dentro de su sistema estas últimas son parte integrante del grupo de «los ociosos que consumen una gran parte del producto ajeno...» (capítulo VI). Para él la prosperidad material de una nación depende, además, de la amplitud del mercado (cap. III), de la proporción que exista en el país entre trabajadores productivos e improductivos, entre trabajadores empleados directamente en la producción agrícola, industrial, comercial, e improductivos, los demás. A. Smith sostiene prácticamente la tesis de que estos últimos son como un mal menor necesario, puesto que

actúan como un freno para la prosperidad material de un país. Afirmación o tesis que ninguno de los economistas modernos se atrevería a suscribir.

Prosperidad general en economías progresivas

A. Smith considera el trabajo productivo, por otra parte, no solamente como una facultad del individuo—a cuya destreza y preparación técnica da una importancia fundamental—, sino en bloque, como un potencial social, en una visión macroeconómica del conjunto, como una totalidad en la que radican las posibilidades económicas de un país. Ya las primeras líneas de «La Riqueza de las Naciones» hablan en general del «trabajo anual de una nación» como fuente única de todos los bienes. Del mismo modo en el cap. VI considera la totalidad del trabajo social como una unidad homogénea; dice, p. ej.: «Por tanto, el producto anual de semejante sociedad (una sociedad dotada de cierto equipo industrial) será siempre suficiente para adquirir o disponer de mucho mayor cantidad de trabajo ajeno que la que se emplea precisamente en preparar aquellas mercaderías para su venta. Si la sociedad empleara anualmente todo el trabajo que cada año puede comprar en el mercado, como que anualmente se aumentaría en gran manera esta cantidad de trabajo, en cada año sucesivamente iría siendo más y más su producto».

Esta consideración global del trabajo como factor de producción tiene una gran importancia, puesto que es el punto de partida:

1. De una teoría de la población, que ya en «La Riqueza de las Naciones» se encuentra suficientemente desarrollada en sus rasgos fundamentales, y que tiene cierta afinidad con la posterior teoría poblacionista de Malthus.
2. De la teoría del fondo de salarios, que más tarde desarrollará y hará famosa Ricardo.
3. De las ideas de la escuela clásica sobre el precio de equilibrio del trabajo asalariado.

A. Smith, como economista, no se opone a una elevada remuneración del trabajo ni a un rápido incremento de la población, sino todo lo contrario. Dice, p. ej.: «La abundante recompensa del trabajo, así como es efecto necesario, así es también el síntoma más seguro de los progresos de la riqueza nacional. El escaso sustento del pobre trabajador es el que indica ciertamente que las cosas se mantienen en una situación estacionaria o que van cada vez a mayor decadencia» (cap. VIII). Y respecto de la población: «Norteamérica... adelanta a pasos más rápidos (que Inglaterra) cada vez hacia mayor riqueza, pues no hay una señal más decisiva de la prosperidad de un país que el aumento del número de sus habitantes» (cap. VIII).

Pero analizando la realidad, ya A. Smith habla de una especie de «combinación» tácita entre los empresarios para mantener el salario a la altura del mínimo de subsistencia, y de una especie de función matemática del incremento de la población respecto de la demanda de trabajo por parte de las empresas, ideas ambas fundamentales en las teorías posteriores de Ricardo y Malthus. «Esta misma demanda de hombres (para el trabajo)... —dice—es la que regula y determina el estado de su propagación... en todos los países del mundo en Norteamérica, en Europa, en China. Es la que la ha hecho rápida en la primera, lenta en la segunda, estacionaria en la tercera.» Continúa: «El trabajo se remunera allí—en la progresiva América—de manera que en vez de servir de carga una numerosa prole, es ésta un manantial inexhausto de prosperidad y riqueza para los padres.» A pesar del gran incremento demográfico, «se están quejando siempre en aquellas colonias de que les faltan manos para trabajar».

En una economía estacionaria, por el contrario, «habrá una constante escasez de destinos en que trabajar y los operarios competirán a porfía...». De aquí se seguirá el descenso del nivel de salarios, del nivel de vida, del trabajador; descenso que naturalmente será tanto mayor cuanto más elevado sea el ritmo de crecimiento de la población obrera. Por esto mismo, este ritmo de incremento poblacionista no puede ser a la larga sino estacionario o regresivo, puesto que los salarios no pueden bajar durante mucho tiempo a un nivel menor del mínimo de subsistencia. «Parece imposible que el precio de los salarios baje de ahí—del mínimo de subsistencia—por cierto espacio de tiempo.»

En una economía regresiva, la disminución del fondo empleado en dar que trabajar hace que sea negativo el incremento demográfico de la población obrera; muchos morirán de hambre, etc. Para Smith la colonia inglesa de Bengala cree ser en su tiempo un ejemplo de esta economía regresiva, donde «los fondos empleados para el sustento del pobre trabajador están muy próximos a su total ruina». «La diferencia del genio y espíritu de la Constitución Británica que gobierna y protege las colonias americanas—dice Smith—y el de la Compañía mercante que oprime y domina la India Oriental no puede acaso ponerse más patente...»

Porque en Norteamérica, según Smith, el modelo funciona de una manera completamente diversa. Allí existe también la competencia, pero no entre los trabajadores que buscan trabajo, sino entre los empresarios que buscan trabajadores. Como consecuencia de ello: elevación progresiva de salarios, incremento elevado de la población. «La escasez de manos ocasiona una competencia grande entre los amos, quienes se esfuerzan a porfía por llevarles consigo» y rompen voluntariamente la «combinación» tácita de que la altura de los salarios se mueva en torno al mínimo de subsistencia.

Con estos elementos que en la obra de Smith se encuentran un poco dispersos, construyó Ricardo e hizo famosa, como decíamos, su teoría del «fondo de salarios». Según Ricardo (1772-1823) el fondo de salarios, es decir, la porción del producto social que se destina al pago de salarios, es

siempre una parte proporcional de la renta nacional. Por otra parte, para Ricardo, como para Smith, el ritmo de crecimiento de la población obrera es proporcional a la altura de los salarios. Con esto, el funcionamiento de su teoría es como sigue: cuando la población obrera es escasa en relación con la necesidad de mano de obra existente en un sistema económico concreto, esto quiere decir que la participación relativa de cada trabajador en el fondo de salarios es elevada, es decir, que los salarios son más que suficientes para el mantenimiento de la vida. En estas circunstancias de holgura relativa, la población obrera tiende a multiplicarse; aumentan las reservas de mano de obra; aumenta el número de participantes en el fondo—fijo—de salarios; baja, por lo tanto, el nivel de salarios, y según Ricardo seguirá bajando hasta la altura del mínimo de subsistencia; en este punto quedará estacionario el crecimiento de la población obrera, hasta un nuevo incremento de la renta nacional y, por lo tanto, del fondo total de salarios.

Apoyándose lógicamente en esta teoría, el socialista alemán Lasalle (1825-1864) promulgó en sus discursos la célebre «ley de bronce de los salarios», según la cual la población obrera estaba condenada a perpetuidad a una vida de miseria al nivel del mínimo vital.

Pero ya hemos visto cómo el presimismo de estas ideas no es lo que domina ni mucho menos en la obra de A. Smith. Según Smith se llega a situaciones parecidas a las descritas por Ricardo y Lasalle solamente en el caso—indeseable—de un sistema económico estacionario o regresivo como eran, según Smith, los casos de la China y Bengala de su tiempo. En un sistema progresivo como el norteamericano de entonces los resultados son enteramente opuestos a las sombrías profecías de Malthus o Lasalle. Tan clásico y smithiano como Ricardo o Malthus es el norteamericano Carey (1793-1879) cuyas ideas se fundan en un sanísimo y bien fundado optimismo. Lo que sucede tal vez es que Malthus y Ricardo escribían en Europa y para Europa, cuyas características económicas de entonces no se pueden considerar ciertamente como regresivas o estacionarias, pero donde tampoco existían las grandes perspectivas, incluso geográficas, de rápido desarrollo como en la América del Norte.

Conclusiones

Resumiendo. A. Smith considera el trabajo productivo:

1. Como fuente de riqueza, y como fuente *única* de riqueza en el sentido expuesto anteriormente.
2. Como medida de valor. Smith, como vimos, distingue dos clases de valores de una cosa: el valor de uso, que se mide por la utilidad que la cosa es capaz de producir al sujeto, y el valor de cambio o precio, que para Smith es el único valor propiamente económico. Ahora bien; en este valor de cambio todavía distingue Smith un valor real, natural, de cambio y un valor monetario de cambio que se mide en

dinero. Para Smith la medida del valor real de cambio de una cosa es el trabajo, es decir, la fatiga que realmente cuesta producir el bien de que se trata y que se encuentra cristalizada en el producto mismo. En este punto concreto, como se ve, se puede notar cierta afinidad de ideas con la posterior teoría del valor de Carlos Marx; pero las consecuencias sacadas por ambos son muy diversas. A. Smith deduce de ahí la legitimidad de la propiedad privada de los bienes producidos o adquiridos por medio del trabajo y fatiga personales, la legitimidad incluso de la acumulación de tales bienes aún en la forma de capitales privados. Marx, por el contrario, se detiene en la idea de la expropiación del trabajo por medio del capital, de donde deduce la necesidad de la supresión del capital privado...

Pero, por desgracia, este criterio del valor trabajo queda en una región demasiado ideal en la obra de Smith. Dice en el cap. V: El concepto «cantidad de trabajo» es demasiado abstracto para la generalidad. Además, «no es fácil hallar una medida exacta tanto de lo penoso de un trabajo como del grado de pericia y talento que para él se necesita». Sin embargo, de hecho, en la realidad, media siempre en el cambio «cierta equidad regulativa, la cual se ajusta no a una medida exacta, sino al estado que toma en el mercado *la compra y venta* según aquella grosera igualdad que basta... para el arreglo de las negociaciones de la vida común». Y continúa en el párrafo siguiente abandonando cada vez más el criterio que él juzga ser el ideal para medir el precio real de cambio de un bien: en la realidad «para el cambio más bien se compara una mercadería con otra que con el trabajo; por lo cual parece más natural estimarse su valor de cambio por la cantidad de otra mercadería, que por la del trabajo ajeno que aquella puede adquirir».

Es en esta página de su obra donde se quiebra la línea de su pensamiento, que hasta ahora se movía en un plano ético, en el plano del «deber ser»: el precio de un bien, piensa Smith, profesor de Teología Moral en la Universidad de Glasgow, «debería» ser medido por la cantidad de trabajo humano que ha costado producirlo, o al menos—como afirma otras veces—por la cantidad de trabajo humano que con él se puede adquirir. Pero debido a la dificultad de aplicación práctica de esta medida, se vuelve a lo que de hecho cree él ser la causa de la formación de los precios en el mercado, a saber, el libre juego de la oferta y demanda de mercancías. Con esto su sistema abandona el plano ético, para convertirse en un sistema económico de «lo que es», de una absoluta neutralidad moral. Y es este aspecto realista extremo, que acepta los datos y cuenta con ellos sin detenerse a formular juicios de valor sobre los mismos, el que ha de predominar en toda la escuela económica clásica que tiene su origen en «La Riqueza de las Naciones».

Sin embargo, respecto de A. Smith es preciso tener en cuenta lo siguiente: en primer lugar que el trabajo sigue siendo para él en realidad el único criterio para la valoración de un bien muy particular,

que es el dinero en la forma de oro y plata. Según él, no es la abundancia de las nuevas minas de oro—la abundancia de la oferta—lo que hace que el precio del cambio del oro descienda, sino que la abundancia hace que sea menos trabajosa la adquisición del oro y que, por lo tanto, su precio disminuya. Ahora bien; puesto que los precios de los demás bienes se miden en dinero, a través de las variaciones del precio de éste—del precio del oro—el trabajo influye indirectamente en la formación del precio de todos los productos.

Hay, además, en A. Smith una idea, según la cual los dos planos de que hemos hablado, normativo y existencial, del «deber ser» y «del ser», no son totalmente independientes entre sí. Porque Smith cree que «en un mismo tiempo y lugar los precios real y nominal (monetario) se proporcionan exactamente entre sí «de forma que si para él el trabajo no es la medida exacta del precio monetario de los bienes, sí es al menos su medida proporcional; es decir, que si por ejemplo el precio monetario del carbón es en un momento dado cinco veces más elevado que su precio natural en trabajo, también el precio de los demás bienes es cinco veces más alto que su valor o precio natural.

Según esto A. Smith todavía permanece en cierto grado fiel a su sistema de valoración según criterios éticos. Lo que sucede es, en primer lugar, que la teoría monetaria de «La Riqueza de las Naciones» fue con el tiempo totalmente superada, y que nadie, ni siquiera la escuela clásica, aceptó la creencia de Smith de que «en un mismo tiempo y lugar los precios real y nominal de toda mercancía se proporcionan exactamente entre sí). Por esto es posteriormente totalmente abandonada esta vinculación smithiana entre valoración natural y nominal, entre precio-trabajo y precio monetario.

3. A. Smith considera además el trabajo como objeto de contrato, y sus ideas en este punto giran en torno de las teorías poblacionista y del fondo de salarios expuestas anteriormente.
4. A. Smith piensa en el trabajo como fundamento de la propiedad privada. La justificación de la propiedad privada de los bienes total o parcialmente producidos por el hombre brota clara y lógicamente de toda su teoría, y se encuentra especialmente en el cap. VI de su obra. En las sociedades primitivas el hombre no dispone de otra propiedad privada que de sus propias facultades personales; con el ejercicio de éstas, con el trabajo, el hombre se hace dueño de las cosas que produce, como que éstas no son sino porciones de su propio trabajo incorporadas al producto; pues bien, con la sola acumulación de estos productos y con el cambio comercial, surge naturalmente el fenómeno de la propiedad privada, fundado como se ve, en último término, en el trabajo.

Como decíamos al principio, no es tan fácil justificar en la obra de Smith la propiedad de los bienes no producidos por el hombre,

J. GOROSQUIETA

de la naturaleza en concreto. No arriesga en este sentido ninguna afirmación positiva; teine más bien alguna frase irónica contra los puros propietarios de tierras, y no se ve cómo justificar lógicamente en su sistema la propiedad de los bienes puramente naturales. Desde luego acepta como siempre el hecho consumado de la propiedad privada de la tierra, pero lejos de justificarla parece hablar de la renta de la tierra como de una deducción injusta de lo que propiamente habría de corresponder al trabajador. «Desde que una tierra principia a conocer dueño...»—dice—la renta de la tierra «es la primera deducción que se hace del producto del trabajo que se emplea en la labor de la tierra».